

Entre el mapa y el territorio.

El arte de medir el espacio de Husserl a Deleuze y Guattari

Between the Map and the Territory:

The Art of Measuring Space from Husserl to Deleuze and Guattari.

Andrés Miguel Osswald

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas – Centro de Estudios Filosóficos Eugenio
Pucciarelli, Academia de Ciencias de Buenos Aires / Universidad de Buenos Aires

amosswald@filo.uba.ar

Resumen

El artículo examina la relación entre el mapa y el territorio a partir de la noción de medida, articulando tres perspectivas: la fenomenología husserliana, la oikología filosófica de Hans Rainer Sepp y la ontología deleuzo-guattariana. Por un lado, se analiza la matematización de la naturaleza que Husserl describe en *Crisis*, donde el mundo intuitivamente dado es sustituido por su idealización geométrica. Por otro, se reconstruye el tópico de la medida en la oikología de Sepp, que revela su ligazón genética con una violencia corporal originaria tendiente a absolutizarse. Sobre esta doble base, se retoma la distinción deleuzo-guattariana entre espacio liso y espacio estriado, vinculada a la diferencia meinongiana entre cantidades divisibles e indivisibles, para caracterizar el espacio urbano —en particular la relación entre centro y periferia en el conurbano— como una zona de contacto donde el trecho extensivo y la distancia intensiva se disocian dramáticamente.

Palabras clave

Medida, Espacio liso y estriado, Fenomenología, Oikología, Territorio urbano

Abstract

This article examines the relationship between the map and the territory through the notion of measure, articulating three perspectives: Husserlian phenomenology, Hans Rainer Sepp's philosophical oikology, and Deleuze and Guattari's ontology. On one hand, it analyzes the mathematization of nature that Husserl describes in *Crisis*, where the intuitively given world is substituted by its geometrical idealization. On the other, it reconstructs the topic of measure within Sepp's oikology, which reveals its genetic bond with an originary bodily violence that tends toward absolutization. On this twofold basis, the paper takes up the Deleuze-Guattarian distinction between smooth and striated space, linked to Meinong's distinction between divisible and indivisible quantities, to characterize urban space—particularly the relation between center and

periphery in Greater Buenos Aires—as a contact zone where extensive stretch and intensive distance dramatically diverge.

Keywords

Measure, Smooth and Striated Space, Phenomenology, Oikology, Urban Territory

1. Introducción

La experiencia concreta del espacio no se limita a la espacialidad efectivamente vivida, ofrecida a la intuición y mediada por la presencia corporal, sino que también incluye aspectos representativos que se superponen con la donación perceptiva. Esta complejidad inherente al espacio habitado permanece la más de la veces inadvertida, oculta bajo la creencia ingenua de que la representación es una copia fiel del espacio vivido y que, por tanto, no introduce nada nuevo en él. Esta imagen del pensamiento se rompe, justamente, cuando la representación del espacio -en nuestro caso, el mapa- contradice el territorio. En este sentido, los ejemplos documentados son realmente numerosos: una pareja de adultos mayores que condujo su auto dentro del mar en la Isla de Palms en Estados Unidos,¹ una mujer que hizo lo propio pero en un lago en Canadá² o el conductor que dirigió su vehículo por un camino peatonal hasta quedar atorado entre la montaña y la costa de un lago en Austria,³ por nombrar sólo algunos. En todos los casos el accidente ocurrió porque los conductores privilegiaron seguir el GPS a dejarse orientar por las singularidades materiales del entorno. Esto es, no se trató tanto de que tuvieran dificultades perceptivas que les impidieran ver el camino sino que frente a la contradicción entre lo que percibían y lo que el mapa les mostraba, privilegiaron la representación sobre el espacio vivido, al mapa sobre el territorio.

Este fenómeno de recubrimiento del mundo de la vida por una representación idealizada de él ha sido ampliamente tratado por Husserl en *Crisis* en ocasión del desmontaje del objetivismo moderno en general y del espacio de la física en particular. Allí el filósofo denuncia la “substrucción” de la idealización matemática de la naturaleza como fundamento ontológico del mundo de la vida, de manera que una propiedad perceptiva como el color pase a considerarse como una manifestación “subjetiva” de un proceso puro del mundo de las formas -vale decir: la interpretación que hace de la luz una onda-corpúsculo que vibra en una frecuencia cuantificable de manera exacta. Ahora bien, que la matematización moderna de la naturaleza constituya una inversión en las condiciones de posibilidad de la experiencia, no implica que tal representación no sea parte del conjunto de sentidos sedimentados que conforman el suelo pre-dado que confieren familiaridad al mundo hogareño. Muy por el contrario, es la sedimentación misma la que vuelve a la representación lo obvio no-cuestionado que la fenomenología debe desenmascarar. Pero, más allá del problema geneológico y ontológico implicado, tanto el mundo intuitivamente dado como su forma idealizada constituyen dimensiones de la experiencia del mundo tal como se da concretamente.

1 <https://www.infobae.com/estados-unidos/2024/09/19/el-gps-hizo-que-el-vehiculo-de-una-pareja-se-hundiera-en-el-agua-un-camarero-heroico-se-lanzo-al-rescate/>

2 https://www.autopista.es/noticias-motor/un-error-en-el-gps-lleva-a-una-mujer-dentro-de-un-lago_142546_102.html

3 <https://www.t13.cl/noticia/mundo/se-guio-gps-y-acabo-atrapado-orilla-lago-desobedecio-senales-transito-y-advertencias-27-02-2023>

Esta constatación fenomenológica es consistente, a mi entender, con la afirmación deleuzo-guattariana, según la cual espacio liso y espacio estriado, “solo existen, de hecho, gracias a la combinación entre ambos” (Deleuze y Guattari, [1980] 2006, 593 / p. 484).⁴ Estas dos formas de espacialidad describen, por un lado, una forma de organización del territorio caracterizada por su determinación inmanente a partir de sus puntos singulares o “haecceidades” que lo recorren. Los espacios lisos conforman multiplicidades a partir de las relaciones recíprocas entre las partes -son “todos” en sentido husserliano- y, conforme con ello, proponen un recorrido nómada, trazado entre las distancias intensivas que separan las singularidades que lo recortan. El espacio estriado, por su parte, describe un tipo de multiplicidad organizada en torno a un elemento unificador que no es ninguna de las partes que conforman el territorio. En los hechos, esa función de “perspectiva desde ningún sitio” lo desempeña la geometría, por cuya mediación es posible la representación del territorio en los términos de un plano cuyos elementos son cuantificados de manera homogénea. El mapa, en este sentido, reemplaza las distancias intensivas del territorio y homogeniza el espacio según una medida exacta.

En lo que sigue, me propongo caracterizar la relación entre el mapa y el territorio a partir de un estudio de la noción de medida. Para ello, repasaremos los análisis husserlianos sobre la matematización de la naturaleza y prestaremos especial atención a la reconstrucción del tópico de la medida que realiza Hans Rainer Sepp en su oikología fenomenológica, para luego adentrarnos en la ontología deleuzo-guattariana de *Mil mesetas* a fin de caracterizar las dimensiones del espacio habitado a la luz de la distinción entre lo liso y lo estriado. Tomaré como caso de estudio el espacio urbano para ejemplificar este punto.

1. La medida y la matematización de la naturaleza

Si la medida del espacio es la primera condición para la idealización del territorio ello es porque la medición permite darle objetividad a la experiencia individual, en la medida que hace posible su repetición (Hua VI, p. 28).⁵ Ya se trata de una receta de cocina o de un experimento en un laboratorio, sin una medida exacta no es posible reproducir la experiencia que se pretende replicar. En este sentido, la ciencia moderna requiere una medida cada vez más exacta para garantizar la repetibilidad de su piedra de toque: la experimentación. La idea que subyace a este proceso es que la experiencia individual gana objetividad en la medida en que puede ser compartida o, en otras palabras, que la intersubjetividad es la base de la objetividad. Es por ello que la medida, a pesar de ser una praxis empírica, está ya orientada por un interés teórico naciente (Hua VI, p. 25). En sentido, la geometría como ciencia teórica es un desarrollo de la agrimensura práctica (Hua VI, p. 49) y ambas son desarrollados del arte práctica de medir. De aquí que en la medida práctica del espacio se encuentre, en germen, la matematización de la naturaleza.

4 De aquí en más se referencia en primer lugar la paginación de la obra original y a continuación la de la traducción al castellano.

5 En el caso de las obras de Husserl, se recurre a la citación estándar de Husserliana, indicando número de volumen y paginación. A continuación, sólo cuando corresponda, se referencia la página de la traducción al castellano.

Si retomamos una definición clásica del acto de medir, como la propuesta por Meinong⁶ y retomada luego por Deleuze, la medida es un tipo de comparación entre partes. La comparación, a su vez, es una acción que culmina en un juicio respecto de la similitud o disimilitud de los elementos considerados, de modo que los elementos comparados quedan ordenados según una relación ("igual, mayor o menor"). Meinong se interesa particularmente en el problema de la medida en el contexto de los estudios experimentales sobre la percepción, muy difundidos durante el nacimiento de la psicología como ciencia moderna -esto es, experimental- hacia fines del siglo XIX y principios del XX. En especial, el filósofo austríaco se interesa en la llamada ley de Weber-Flechner que describe la falta de correlación entre el incremento de un estímulo, medible de manera exacta según una escala homogénea, y su percepción, que no lo es.⁷ Se trata de una relación que enlaza dos tipos distintos de cantidades: por un lado, "cantidades divisibles", caracterizadas como aquellas que pueden ser particionadas en otras magnitudes de la misma naturaleza (por ejemplo, los números enteros o las extensiones materiales y geométricas) y, por otro, "cantidades indivisibles" cuyas partes al dividirse no tienen la misma naturaleza del todo del que provienen.

El ejemplo de Meinong es ilustrativo: en la percepción del sonido no tiene sentido decir que un sonido fuerte está compuesto por sonidos más débiles de la misma naturaleza que el sonido total pues las partes que componen un sonido fuerte no son otros sonidos fuertes. A su vez, la diferente naturaleza de las dos clases de cantidades se manifiesta en la forma de medirlas. En el caso de las cantidades divisibles, la comparación entre magnitudes compuestas por partes homogéneas entre sí se denomina "diferencia" (*Unterschied/Differenz*). En este tipo de medición, el todo y las partes conservan siempre la misma naturaleza y las partes mantienen entre sí diferencias constantes. En contraste, las relaciones entre partes de cantidades indivisibles no son reductibles a unidades homogéneas porque las partes se definen por relaciones diferenciales unas con otros -son relaciones-. A este tipo de relación entre las partes, Meinong la denomina "disimilaridad" (*Verschiedenheit*). En el caso del estudio experimental de la percepción, la medición deberá distribuirse en dos series: mientras los estímulos varían según una regla fija (por ejemplo, se suman 10 gramos cada vez), lo que determina que el "tramo" (*Strecke*) entre los valores (conformando la "progresión geométrica" 10, 20, 30, etc.), las variaciones en la percepción son relativas a las magnitudes consideradas (un incremento de 10 gramos en una magnitud base de 20 podría superar el "umbral diferencial" y volverse perceptible mientras que un incremento similar sobre una magnitud base de 1000 gramos, pasar inadvertida), de manera que la "distancia" (*Distanz*) entre los valores de esta escala depende

6 Ver: Meinong, A. (1896), "Über die Bedeutung des Weberschen Gesetzes: Beiträge zur Psychologie des Vergleichens und Messens" [En tres partes]. *Zeitschrift für Psychologie und Physiologie der Sinnesorgane* 11: 81-133, 230-285, 353-404.

7 La ley de Weber-Flechner se expresa en la siguiente ecuación diferencial:

$$dp = k \frac{dS}{S}$$

Donde "dp" expresa el umbral de perceptibilidad -esto es, la diferencia mínima perceptible-, "dS" remite al incremento diferencial en el estímulo, "S" a la magnitud del estímulo y "k" a la "constante de Weber", que se obtiene observacionalmente y que expresa la relación entre el incremento del estímulo y su perceptibilidad (por ejemplo: "el incremento debe ser de al menos de un 5% de "S" para ser perceptible").

de una “constante” definida por la relación entre el incremento y la magnitud base (en consecuencia, la serie sigue una “progresión aritmética” definida por esa constante).

Ahora bien, resulta patente que existe una asimetría entre la exactitud que caracteriza a la medición de cantidades divisibles, que pueden descomponerse en unidades homogéneas y convergen en un punto cero, y el carácter relativo de las cantidades indivisibles donde la distancia entre los valores de la escala depende de la magnitud considerada. En este sentido, Husserl señala en *Crisis*:

También esas cualidades [en referencia a las cualidades sensibles de los cuerpos] se presentan gradualmente, y en cierto modo también a ellas pertenece la medida, ella pertenece a todas las gradaciones, “evaluación” de la “magnitud” del frío y del calor, de la aspereza y de la lisura, de la claridad y la oscuridad, etc. Pero aquí no hay una medida exacta, ningún incremento de la exactitud y del método de medir. Cuando hablamos de medida, de magnitudes de medida, de métodos de medición, o simplemente de magnitudes, por lo regular siempre ya mentamos magnitudes “exactas”, referidas a idealidades (Hua VI, p. 33 / 76-7).

La solución que Meinong explora para darle exactitud a las cantidades indivisibles consiste en poner en relación la cantidad indivisible con una magnitud que sí admita divisibilidad. El procedimiento resultante es una “medición sustitutiva” (*surrogative Messung*): se toma una magnitud divisible (p.e. la altura de la barra de mercurio del termómetro) como “sustituto” de una magnitud indivisible (p.e. la temperatura). De esta manera, es posible asignarle un valor exacto a la medición de fenómenos que, en sí mismos, no la admitirían. En consonancia con ello, Husserl sostiene que las cualidades sensibles son el caso paradigmático de la “matematización indirecta” de los contenidos de la experiencia sensible (Hua VI, p. 33). Esta medición indirecta responde al hecho de que no existe para los contenidos sensibles una forma ideal análoga a las que las figuras geométricas proveen para la forma de la cosa material. Esto es, la ontología husserliana de la cosa física recupera la distinción empirista entre propiedades primarias y secundarias. Así, se habla de la extensión espacial como la cualidad primaria de los objetos perceptivos (Hua IV, p. 29 y ss). En términos concretos, sin embargo, la extensión nunca se da sin un contenido sensible pues, como se señala en *Investigaciones Lógicas*, la extensión y el color (así como el resto de las cualidades sensibles) conforman un todo cuyas partes no son independientes (Hua XIX/1, p. 244). La cosa espacial, por tanto, es una extensión (cualidad primaria) plenificada por contenidos sensibles o cualidades “reales” (cualidades secundarias).

Ahora bien, el espacio objetivo de la física moderna, que resulta de la aplicación de la matemática pura a la naturaleza dada intuitivamente, preserva el carácter extensional de la espacialidad que está a su base pero se desentiende de las propiedades cualitativas de las cosas. Por esa razón, la medición de las propiedades secundarias es indirecta mientras que la que atañe a la forma espacial es “directa”, en tanto resulta del “reemplazo” de una extensión concreta (p.e. la tabla de una mesa) por su forma ideal (p.e. el rectángulo). La disciplina que toma por objeto ya no las formas extensivas imperfectas que pueblan el mundo sino sus formas-límite idealizadas es, como se sabe, la geometría. Se trata de una ciencia que encuentra sus orígenes en la medida del mundo de la vida, pero que se define, como tal, en términos del cambio de actitud teórica que conduce a la idealización de las formas. Cuando este pensamiento idealizado es devuelto al mundo intuitivo —bajo la forma de una “geometría aplicada”— se completa el círculo de la substrucción del espacio

intuitivo: el arte práctico de medir, guiado por idealidades y por las construcciones idealmente realizadas con ellas, conduce a la objetivación completa del mundo concreto de las cosas corpóreas. El territorio propiamente habitado es recubierto, entonces, por un ropaje ideal que se propone como su fundamento último.

2. La absolutización de la medida

En la fenomenología actual la más profunda reflexión sobre la medida es la desarrollada por Sepp en el marco de su oikología filosófica. La medición del espacio implica para Sepp una articulación entre la imaginación, que crea y configura la realidad, y la realidad misma, que contribuye al arte de medir con las formas concretas que prefiguran su operación. En este sentido, cabe resaltar los múltiples ejemplos de unidades de medida antropométricas: el "pie" ya era usado en la antigua Grecia o la "pulgada", cuya extensión se determina en relación con el largo de la falange distal del pulgar humano, por nombrar sólo dos. Pero más allá del papel del cuerpo como elemento de comparación en la unidad de medida, existe una relación fundacional entre la génesis de la corporeidad y el acto mundano de medir. Esta relación está en la base de la tendencia a la absolutización que, según Sepp, caracteriza a la medida en la Tierra (2014, p. 74).

La vida está tensionada originariamente entre la intención, su cumplimiento y el deseo constante de que ese cumplimiento se realice, lo que la lleva a trascender permanentemente su lugar en el mundo; la existencia humana queda así insertada entre la singularidad individual y un orden social u oikos preexistente, y el cuerpo es precisamente el medio de ese entrelazamiento, situado siempre entre lo individual y lo comunitario (2014, p.73). En la experiencia primordial del cuerpo, Sepp subraya la limitación absoluta que la materialidad del mundo impone al movimiento vital: el mundo se da como un borde infranqueable, un "real" en sentido lacaniano, y la corporeidad que se asienta en esa experiencia es, ante todo, un "cuerpo-límite" (*Grenzleib*). Es en la piel, zona fronteriza entre el adentro y el afuera, donde la vida experimenta la resistencia material y adquiere una primera certeza de su existencia mundana y de sus límites intrínsecos; en ese límite reside una "violencia originaria" (*Ur-Gewalt*), vivida como verificación de la finitud previa a todo sentido (2017, p. 27). De esa experiencia surge la constitución del espacio real y, con ella, la distancia: entre el "aquí" del cuerpo y el "allí" del mundo, el cuerpo se vuelve un "centro excéntrico", orientado hacia fuera de sí mismo como "cuerpo-dirección" (*Richtungleib*), ganando posicionalidad, orientación y perspectividad (2017, p. 31). Ahora bien, este cuerpo-dirección no solo presupone al cuerpo-límite sino que constituye una reacción a la finitud experimentada: frente a la violencia originaria se genera una contra-violencia que busca contrarrestar la finitud intensificando el poder de acción, apropiándose de todo lo que está a su alcance en un deseo de dominio que, sin embargo, no logra dominarse a sí mismo (2017, p. 32).

Cuando esta pretensión de satisfacción inmediata fracasa una y otra vez frente a la resistencia persistente de lo real, la vida sublima su pretensión de poder: la línea recta de la actitud mágica se curva y traza un círculo que delimita un terreno de sentido, dando lugar al "cuerpo-sentido" (*Sinnleib*). Esta última dimensión corporal corresponde también a una forma de violencia, ya no directa sino indirecta y sublimada —la violencia de la teoría—, que no elimina la violencia física sino que puede perfeccionarla mediante la

tecnificación de sus medios. Así, la medida, que nace ligada a esta genealogía corporal de la violencia, lleva en germen la tendencia a absolutizarse, de modo que todo encuentro con la alteridad se encuentra amenazado por una violencia colonizadora (2014, p. 74).

Retomando el análisis de la medida, vemos que, en tanto praxis arraigada en el mundo de la vida, está indisolublemente asociada a la dinámica de la corporeidad y a su violencia intrínseca. La medida, a su vez, se asocia con la delimitación del espacio habitado, señalando el límite que separa la casa del mundo exterior y definiendo así el campo de validez de una institución de sentido. Aunque los límites trazados son siempre arbitrarios, una vez definidos se vuelven fijos e infranqueables. En este sentido, Sepp asocia genéticamente la medida con el devenir sedentario del hombre y la necesidad de definir un espacio para el asentamiento de la ciudad: dentro de los límites del *oikos*, el espacio se vuelve posesión, y la posesión permite convertir el lugar en propiedad y desarrollar los medios para preservarla y defenderla. Así, la medida "también transforma la estructura del poder y del deseo" (2016, p. 20). En este contexto, el sedentarismo persigue la estabilidad mediante leyes y medidas, y debería llevar a la domesticación de la brutalidad propia de las comunidades cazadoras-recolectoras, conteniendo la descarga inmediata propia de la satisfacción directa de la necesidad.

Sin embargo, el sedentarismo no elimina la violencia sino que la subordina a un sistema de reglas que regulan la satisfacción del deseo: la sublimación no elimina la violencia, sólo la posterga. Tiempo y espacio se expanden y, con ellos, la preocupación por la seguridad de la propia vida —ahora entendida como posesión— se extiende hacia el futuro y abarca el extenso campo de la propiedad privada, incluidos nosotros mismos. La carga permanente de proteger la vida, a su vez, genera una inestabilidad continua asociada a "una metafísica de la angustia" (2016, p. 24), manifiesta en el miedo concreto a perder las posesiones. El derecho de propiedad es entonces salvaguardia contra la angustia y exhibe, ante todo, el miedo a la presencia del otro. La vida, que traza medidas y límites sobre la Tierra para obtener un campo de acción que garantice el movimiento del deseo, se ve forzada a extender permanentemente sus fronteras frente al peligro que el otro representa para su propia preservación —y la de sus propiedades—.

Como señala Hobbes, garantizar la seguridad implica buscar el incremento del poder, lo que significa, en última instancia, perseguir la subyugación de la alteridad. De esto resulta la extensión de la propia medida hasta cubrirlo todo, formándose así una paradoja: la medida, destinada en primer lugar a abrir un espacio para la vida, termina encerrándola dentro de sus propios límites por la proyección de su egoísmo sobre la totalidad. La medida tiende a la "desmedida" (*Übermaß*) porque la vida desea todo lo que puede apropiarse, multiplicando en espiral las causas de la violencia que la medida buscaba limitar (Sepp, 2016, p. 23 y ss).

3. Espacio liso y estriado como modos de habitar la ciudad

La sustitución de las formas concretas espacio-temporales por su contraparte ideal supone, para Husserl, un proceso gradual emprendido a lo largo de generaciones, que comienza con la agrimensura egipcia y culmina con la física galileana. En *Mil Mesetas*, Deleuze y Guattari retoman "El origen de la geometría" (1936), que en su traducción francesa, va precedida por un profuso y célebre estudio

introdutorio realizada por Jaques Derrida.⁸ Como vimos, la geometría implica dar con las formas-límites que definen la forma de las cosas en un progresivo perfeccionamiento. Pero, mientras las formas ideales son tema de la geometría que opera con conceptos exactos, las formas vagas e imperfectas de las cosas del mundo son, sin embargo, operativas en la práctica y se vuelven tema de los “conceptos morfológicos” de las ciencias naturales, inexactos por principio. En *Ideas I* Husserl escribe:

[los] conceptos morfológicos de vagos tipos de formas, que se captan directamente sobre la base de intuiciones sensibles y son fijados, como lo son, de un modo conceptual o terminológicamente vago. La *vaguedad* de los conceptos, la circunstancia de que tengan esferas fluidas de aplicación, no es una mácula con que estigmatizarlos; pues para la esfera de conocimientos a la que sirve son simplemente indispensables o son los únicos (Hua III, 155 / 139).

En este sentido, Deleuze y Guattari consideran que “Husserl ha hecho que el pensamiento dé un paso decisivo al descubrir una región de esencias *materiales y difusas*, es decir vagabundas, anexactas y sin embargo rigurosas, distinguiéndolas de las esencias fijas, métricas y formales” (Deleuze y Guattari, [1980] 2006, p. 507 / p. 408). Las esencias morfológicas no están completamente desprendidas de la materialidad que está a su base y, por ello, no pueden ser exactas pero sí rigurosas porque es suficiente para el investigador de la naturaleza utilizar términos como “dentado”, “aserrado” o “lenticulado” para volverse comprensible (Hua III, p. 155 / p. 139). De manera que, frente al modelo hilomórfico, que concibe a la forma y a la materia como dos términos definidos cada uno por su lado y a su relación como un modelado de la materia según la forma, la esencia morfológica define un espacio intermedio entre ambas, “energético y molecular”, que modela la materia según las *singularidades o haecceidades* presentes en ella y sigue sus “formas implícitas, topológicas más que geométricas” (Deleuze y Guattari, [1980] 2006, p. 508 / p. 409) .

Sobre la base de la distinción entre esencias exactas y morfológicas, Deleuze y Guattari desarrollan las nociones de “ciencia real” y “ciencia nómada”. La ciencia real, asociada al poder estatal, ocupa el territorio midiéndolo y distribuyendo a los seres humanos según un modelo sedentario: es un espacio cerrado, donde cada cual tiene su parte asignada y donde las partes se comunican entre sí según una codificación previamente determinada. La ciencia nómada, por el contrario, se vale de conceptos morfológicos para habitar un espacio abierto –sin muros ni lindes– donde las marcas en el territorio son trazos que se “borran y se desplazan con el trayecto” ([1980] 2006, p. 472 / p. 385). Se determinan así dos formas de la espacialidad: lo liso y lo estriado, cada uno de los cuales define un tipo particular de multiplicidad. Por un lado, una multiplicidad métrica compuesta por cantidades divisibles y otra conformada por cantidades indivisibles y, por tanto, “no métricas” ([1980] 2006, p. 596 / p. 485). Así, las multiplicidades no métricas conforman “espacios lisos”, caracterizados por una variación continua, mientras que la medida “compartimenta” el espacio, estabilizándolo y volviéndolo homogéneo.

El arquetipo del espacio liso es el mar pero también entornos terrestres como la estepa o lo pampa. Espacio liso es también el cielo y el aire. Esta espacialidad abierta acoge un habitar nómada que más que imponer una forma sobre el medio (*melieu*) se pliegue a su materialidad y se acopla, con ello, a sus flujos naturales. En este sentido, el espacio liso es una “multiplicidad plana” pues carece de una dimensión

8 Ver: Husserl, E. (1962). *L'origine de la géométrie* (J. Derrida, Trad. e Introd.). Presses Universitaires de France.

suplementaria que fungiría como centro y perspectiva privilegiada del todo ([1980] 2006, p. 609 / p. 495). Conforme con ello, el viaje nómada no se traza en un mapa desde un punto a otro, como si se tratara de un sistema puntual, sino que se realiza sobre el territorio mismo, dejándose llevar por sus signos: el camino a través del desierto lo señalan las marcas en el paisajes entre un oasis y otro; la acumulación de vegetación que indica la presencia de agua, por ejemplo, y no una ruta prefijada de antemano. A esos puntos que marcan el terreno los separan distancias, esto es, relaciones diferenciales entre las partes, y no *Strecken* de un espacio homogéneo y ya objetivado. Contrariamente al espacio de la física y de la geometría, que está ya todo dado todo de antemano -como en el caso del mapa-, las partes que componen el espacio liso se agregan una a una, como en un *patchwork*, y mantienen entre sí relaciones recíprocas de fundamentación por “contacto”. En términos de la ontología formal husserliana este tipo de multiplicidad recibe el nombre de “todo” (*Ganze*):

Por todo entendemos un conjunto de contenidos, que están envueltos en una fundamentación unitaria y sin auxilio de otros contenidos. Los contenidos de semejante conjunto se llaman partes. Los términos de fundamentación unitaria significan que todo contenido está, por fundamentación, en conexión directa o indirecta con todo otro contenido. Y esto puede ser de manera que todos estos contenidos estén fundados unos en otros inmediata o mediatamente, sin auxilio exterior; o también de manera que, inversamente, todos juntos funden un nuevo contenido, asimismo sin auxilio exterior (Hua XIX/1, 282 / 421).

En contrapartida, en los espacios estriados la forma opera como principio trascendente de organización, de manera que la trama inmanente que entrelaza el espacio liso es reemplazado por una grilla geoméricamente definida. No es casualidad que sea el sistema de coordenadas, cuyo punto cero se proyecta imaginariamente sobre la metrópoli imperial,⁹ lo que posibilita el estriaje del mar, que fue “donde primero se dominó el espacio liso, y donde se encontró un modelo de organización, de imposición del espacio, válido para otros sitios” ([1980] 2006, p. 599 / p. 488). En este sentido, Deleuze y Guattari resaltan cómo la conformación del Estado se enlaza intrínsecamente con la medición métrica del espacio y el habitar sedentario que encuentra en la ciudad su medio propicio de desarrollo: un espacio centrado que, en nuestra versión local, condensa en la “plaza del pueblo” la reunión del poder estatal (el palacio municipal), el económico (la sucursal bancaria) y el espiritual (la Iglesia), además, claro, de servir como punto cero de orientación geográfica. Desde ese centro se conquista la periferia: “*la ciudad inventa la agricultura*”, se lee en *Mil Mesetas* ([1980] 2006, p. 601 / p. 489). Pero, si bien la distinción liso/estriado constituye una diferencia conceptual que merece ser explorada, en los hechos los dos espacios sólo existen gracias a la combinación entre ambos, de manera que en su forma concreta lo liso y lo estriado designan más que formas puras, fuerzas de *territorialización* y de *desterritorialización* operantes en los espacios efectivamente existentes.

Es en los márgenes del espacio estriado, en el punto de contacto con lo liso, donde las potencias desterritorializantes encuentren terreno propicio para prosperar. En este sentido, el conurbano, con sus “inmensos suburbios cambiantes, provisionales, de nómadas y trogloditas, residuos de metal y de tejido, *patchwork*, que ya ni siquiera son afectados por los estriajes de la moneda, del trabajo y de la vivienda” ([1980] 2006, p. 601 / p. 490), ofrecen el substrato para el desarrollo de máquinas de guerra que corroen desde afuera

⁹ Me refiero, naturalmente, al meridiano de Greenwich que debe su nombre a un distrito de Londres.

hacia adentro el espacio estriado de la ciudad. En la zona fronteriza entre el “barrio bien”, donde el Estado provee servicios y seguridad, y una escritura notarial que certifica la propiedad de la tierra, y el suburbio marginal, ubicado en el borde mismo de la zona de influencia estatal, es que la distinción entre la medición métrica y la distancia diferencial cobra especial relevancia pues allí acontece la máxima separación entre un pequeño trayecto extensivo y una enorme distancia intensiva. Podríamos decir, entonces, que *mientras que el trecho tiende a cero la distancia, a infinito*.

Otro tanto puede mencionarse del carácter irreversible de la distancia que separa al centro de la periferia: métricamente idénticos, la distancia que va de la periferia al centro, recorrida a diario por millones de trabajadores, es siempre inferior a la que separa al centro de la ciudad de sus suburbios: *non plus ultra* del habitar citadino. En igual sentido, lugares lejanos en términos extensivos pueden estar intensivamente próximos –¿a qué distancia queda Puerto Madero de Miami?. Como vemos, el entrelazamiento entre los espacios lisos y estriados no se limita a definir una zona fronteriza entre dos universos separados sino que determina el modo mismo en que el espacio se da concretamente. De igual modo que la ciudad, arquetipo del espacio estriado, puede ser recorrida de manera nómada (ya sea como los recolectores urbanos, que siguen el camino de los desechos, o el *flâneur*, que hace lo propio con las librerías, cafeterías de especialidad, etc.), el mar, espacio liso por excelencia, está surcado por rutas aéreas y acuáticas, trazadas conforme a un sistema de coordenada geoméricamente delineada.

4. Conclusiones

A lo largo de este recorrido hemos visto que la relación entre el mapa y el territorio no puede reducirse a una simple oposición entre una representación falsa y una realidad verdadera, sino que constituye una tensión constitutiva del habitar mismo. Los accidentes de quienes conducen su auto hacia el agua siguiendo el GPS no son meras anécdotas curiosas. La matematización de la naturaleza, que Husserl describe como sustitución del mundo intuitivamente dado por su idealización geométrica, y la absolutización de la medida que Sepp vincula a la génesis violenta de la corporeidad, convergen en un mismo resultado: la representación termina por recubrir al territorio que originariamente debía servir. El mapa, nacido para orientar el desplazamiento sobre el espacio vivido, se autonomiza hasta el punto de imponerse sobre la percepción misma cuando ambos entran en conflicto. Pero esta interacción negativa entre el mapa y el territorio no es, desde ya, la única posible. La más de las veces el mapa cumple su función de orientación y, en términos generales, la representación del espacio permite diseñar el espacio urbano con una eficiencia que sería imposible desde la inmanencia del territorio -en este sentido, la ciudad de La Plata podría proponerse como un ejemplo positivo de esta relación.

Sea como fuere, la absolutización de la medida nunca es total ni definitiva. Lo estriado, el espacio de la ciudad, del Estado, de la propiedad medida y defendida, no elimina lo liso, sino que convive con él en una tensión productiva. El territorio habitado, ya sea la ciudad o sus márgenes, no es nunca puramente geométrico ni puramente intensivo, sino un entrelazamiento variable de fuerzas de territorialización y desterritorialización. Los suburbios del conurbano, situados en el borde donde el estriaje estatal se disuelve en *patchworks* nómadas, muestran con particular claridad que la frontera entre mapa y territorio no es una línea fija sino una zona de contacto siempre activa, donde la distancia intensiva y el trecho extensivo se disocian dramáticamente. En este

sentido, la lección que se desprende del análisis no es que debamos elegir entre el mapa y el territorio, ni entre lo liso y lo estriado, sino que debemos aprender a habitar su articulación. Reconocer que toda medida lleva en germen la tendencia a la desmedida, y que toda ciudad alberga en sus bordes las potencias nómadas que la corroen, permite pensar el espacio urbano no como un dato ya resuelto sino como el resultado siempre precario de un equilibrio entre la necesidad de estabilidad que ofrece la medida y la apertura a lo intensivo que el territorio, en su materialidad irreductible, no deja nunca de reclamar

Bibliografía

Deleuze, G., y Guattari, F. (1980). *Mille plateaux: Capitalisme et schizophrénie 2*. Les Éditions de Minuit. Se recoge la traducción al castellano: Deleuze, G., y Guattari, F. (2006). *Mil mesetas: Capitalismo y esquizofrenia* (J. Vázquez Pérez, Trad.; con la colaboración de U. Larraceleta). Pre-Textos.

Husserl, E. (1950). *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie I: Allgemeine Einführung in die reine Phänomenologie* (Husserliana III). Martinus Nijhoff. Se recoge la traducción al castellano: Husserl, E. (2013). *Ideas relativas a una fenomenología pura y una filosofía fenomenológica. Libro primero: Introducción general a la fenomenología pura* (A. Ziriñ Quijano, Ed. y Trad.; 4a ed.). Fondo de Cultura Económica / Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filosóficas. (Obra original publicada en 1913)

Husserl, E. (1952). *Ideen zu einer reinen Phänomenologie und phänomenologischen Philosophie II: Phänomenologische Untersuchungen zur Konstitution* (Husserliana IV). Martinus Nijhoff.

Husserl, E. (1984). *Logische Untersuchungen. Zweiter Band. Erster Teil: Untersuchungen zur Phänomenologie und Theorie der Erkenntnis* (Husserliana XIX/1). Martinus Nijhoff. Se recoge la traducción al castellano: Husserl, E. (1976). *Investigaciones lógicas*. Revista de Occidente.

Meinong, A. (1896). Über die Bedeutung des Weberschen Gesetzes: Beiträge zur Psychologie des Vergleichens und Messens [En tres partes]. *Zeitschrift für Psychologie und Physiologie der Sinnesorgane*, 11, 81–133, 230–285, 353–404.

Sepp, H. R. (2014). *Über die Grenze: Prolegomena zu einer Philosophie des Transkulturellen*. Traugott.

Sepp, H. R. (2017). *Philosophie der imaginären Dinge*. Königshausen & Neumann.

Sepp, H. R., y Osswald, A. (2016). Planos para una filosofía oikológica (A. Osswald, Trad.). *Ideas. Revista de Filosofía Moderna y Contemporánea*, (4), 10–33.

<https://revistaideas.com.ar/ojs/index.php/ideas/article/view/258>